





Escribe Filebo

DOS cosas. Primero, el caso de Mario Cárpea Guzmán. Luego, el caso de Alejandro Flores. No se trata de que uno sea menos significativo que el otro. Se trata de que los dos merezcan atención aparte. A Mario Cárpea Guzmán le ha salido todo mucho más difícil que a Alejandro Flores. Se argumentará que el último fue astro fulgurante en una época que vivía alrededor de divos, caudillos y patriarcas públicos. La sociedad no se había masificado hasta el punto de disolver el ego personal en el ego colectivo. En los años 30 ya el escritor argentino Raúl Scalabrini Ortiz registra en su obra

“El hombre que está solo y espera”, que el tradicional “hombre de Corrientes y Esmeralda” comienza a impacientarse ante la realidad cada vez más desdibujada de la propiedad del mundo. Más tarde, Homero Manzi, en el metafísico tango “Sur”, con música del maestro Aníbal Troilo, comprueba, no sin nostalgia, la volatilización del barrio en que “recostado en la vidriera”, junto a una luz —es de suponer mortecina— de un almacén antiguo, se esperaba a la muchacha de los sueños.

En efecto, ya no hay barrios. Sólo hay poblaciones, hacinamientos humanos, sombras sordidas,

“mónadas de ladrillo y cemento”, en opinión de Poggioli, y extensa periferia suburbana. El “guapo” bonaerense emerge del barrio. Borges lo describe de modo magistral en varios de sus cuentos, especialmente en “El hombre de la esquina rosada”. “El Pedado” Irigoyen es el caudillo civil derribado por el caudillo castrense Uniburu. En Chile, Alessandri Palma, “El León de Tapalca”, se traba en ardorosa contienda política con el caudillo militar Ibañez del Campo, en su tiempo, y en denominación de Vicuña Fuentes, “El Caballo”.

Años de figuras estelares. La singularidad triunfante. No hay sastrerías; hay sastreres. Pinaud resulta célebre. Alejandro Flores, incorporado a la fama en los años 30, no necesita como actor emplear su apellido materno —precisamente. Pinaud— para obtener la singularidad a que aspiraba Stirner: “El Único”. Alejandro Flores, sencillamente. Ni más ni menos. Como Rafael Frontaura. Sólo apellido paterno. Nunca no se atreve a vérselas con la poesía sin un nombre resonante. A Nefalí Ricardo Reyes lo reemplaza Pablo Neruda. Pablo de Rokha se ha adelantado en este propósito de luz y gloria. De Carlos Díaz Loyola, oriundo de Licanén, se transmite en Pablo de Rokha, oriundo de Curicó. Hernán Díaz Arrieta, hijo de castellanos y vascos vendidos a menos, se hace llamar escuetamente Alone.

Mario Cárpea Guzmán es la hormiga que trabaja entre refunfufos. Y con razón. Investiga a pulso, desprovisto de ayudantes, de centros académicos y de artefactos electrónicos. Emplea un bolígrafo para hacer sus anotaciones,

acude a los servicios de don Justo Alarcón en la Biblioteca Nacional, y transcribe sus fichas a máquina. Le interesa el teatro. Mejor, ama el teatro. Sigue el ejemplo de Raúl Silva Castro en su entusiasmo por la investigación bibliográfica.

No siempre lo comprenden. A veces encuentra majaderos que lo consideran demasiado pertinaz, pesquiasante sin descanso, arqueólogo carente de metodología clásica.

Escribir y publicar al fin su “Alejandro Flores” ha sido en su propia biografía una página de vía crucis. Como en el tango que canta el soberbio Gardel, ha encontrado generalmente secas las pilas de todos los timbres que ha debido apretar. Pero, se sabe, ningún escollito lo arredra. Insiste. Embiste. Clama en el desierto y de pronto alguien lo escucha. En un mundo de estratificadas multitudes se empeña en descubrir o redescubrir individualidades. El pasado lo acosa. Lo lleva contra el rincón. Piensa en lo que algunos todavía recuerdan como la útil “cultura de las esquinas”. Alejandro Flores Pinaud, galán, actor de grave y alta magnitud, fue héroe de la “Esquina de la puñal”. Fue artífice de la bohemia cuando ser bohemio era un lujo de artistas de renombre. En el mundo densificado por el hombre-masa ni Piscator ni Brecht podrían sobrevivir. El eclipse esotérico de Alejandro Flores se precipita no por “el peso de la noche” del actor, sino por el auge escandaloso del hombre-masa. Ya no hay primeros actores. Todos los de segunda fila pasan a llenar el ámbito de la actuación. Las obras teatrales son expresiones colectivas. El público es autor y

es actor. ¿Qué le queda a Flores sino integrar, hacia sus últimos días, una compañía esfumada a medias por las corrientes arrasadoras de la época?

El libro de Mario Cárpea Guzmán lo pinta de cuerpo entero. Con simpatía. El marco de la historia en que Alejandro Flores asume papel protagónico —eminente actor teatral— se convierte en un anecdótico entretejido y veraz. El orden de los factores —el enlace más o menos convencional de la cláusula— no altera el sabor del producto. A Mario Cárpea Guzmán le atrae sobremanera el recuerdo de los hechos que postulan el carácter histórico incomparable de Flores. Una cita de Yáñez Silva —cuya generación aporta su crítico, observa T. S. Elliot y lo repite Edmund Wilson— sirve a Cárpea Guzmán para configurar el prodigio que en el teatro chileno encarnó Flores: “El público no iba a ver las obras que representaba, sino que simplemente asistía por ver a Flores, a oír su voz de violoncello. Como en lógico, nació su vanidad, no revelada en forma de palabras, sino en sus hechos. Se puso de una sensibilidad tan grande, que hasta el estornudo en la platea de un asistente consiguiera la ofensa y reclamaba al final”.

Divo intocable, en cuyo camarín se leía: “Se prohíbe estornudar”, se transformó, andando los años, en el asilo mayor del teatro chileno. Un miso con raíces profundas en la verdad. A la hora de las desmitificaciones —que es la actual— caen justos y pecadores. Mario Cárpea Guzmán trata de rescatar del denastro, con venerable respeto, a Alejandro Flores Pinaud (1896-1962).

Escribe Filebo [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Escribe Filebo [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile